



Felicitas Escalera Benito, 75 años.
Carlos Quirós Águila, 22 años.

Escalera sin rellano

Esta historia se centra en un lugar de La Mancha de cuyo nombre no necesito acordarme, pues coincide con el apellido de la protagonista: Escalera. Se trata de un pequeño pueblo que no llega a la veintena de habitantes. Felicitas Escalera nos cuenta sus vivencias allí, un relato de escasez y arduo trabajo. Sin embargo, no son recuerdos tristes ni mucho menos.

La localidad de Escalera está situada en la provincia de Guadalajara, en pleno Parque Natural del Alto Tajo, a unos 218 kilómetros de Madrid. El nombre parece venir de lo ondulado del terreno donde se encuentra, cortado por los abruptos cañones que van a parar a los ríos que bañan la zona: el Bullones, el Gallo y el Tajo. La rica fauna y los frondosos bosques completan el paisaje del que disfrutó Felicitas Escalera en su juventud (y del que todavía sigue disfrutando siempre que puede).

Ella nació en 1940 en una España asolada por el negro pasado de la Guerra Civil y con un horizonte no mucho más luminoso. Por suerte, su pueblo era generoso y les proporcionaba muchos de los alimentos que necesitaban para sobrevivir: sus huertas las hortalizas; las gallinas huevos; los cerdos chorizo y morcilla, y las ovejas lana (para la ropa y los colchones), queso y hasta jabón (hecho con el sebo y que aún usa Felicitas en la actualidad). Lo que no podían conseguir por sus propios medios lo adquirían en Molina de Aragón, un pueblo cercano, pero que les costaba 4 horas de caminata para llegar. Cargaban sus mulas y allí cambiaban huevos o cerdos por leche, ropa y demás enseres fundamentales.

Hay gente tan pobre que solamente tiene dinero. En este sentido, ellos no lo eran pues éste brillaba por su ausencia. En Escalera no había tiendas, por lo que no necesitaban el dinero (si se me permite tan osada afirmación y con todos mis respetos). Felicitas recuerda que sólo llegó a tener una muñeca en su niñez, "pero tampoco echábamos de menos los juguetes, muchos nos los hacíamos nosotros". Así, sus regalos de Reyes se reducían a unos higos, una naranja o, en el mejor de los casos, chocolate. "Y nosotros tan contentos".

Tampoco había médico, tenían que ir a buscarlo a otro pueblo y le pagaban con trigo. A los maestros les daban alguna cabra como muestra de agradecimiento por sus enseñanzas. Con el cura, que no podía ir a oficiar misa todos los domingos ya que se encargaba de varios pueblos, pasaba lo mismo. Por su parte, la Guardia Civil se quedaba con la leña que los vecinos almacenaban para combatir el frío. "Era muy injusto, pero nadie decía nada, la gente se centraba en sus tareas". Por si fuera poco, los guardias les denunciaban por trabajar los domingos: ese día era para ir a misa y descansar, tal y como hizo Dios en la Creación. Pero los vecinos de Escalera no se podían permitir el lujo de permanecer ociosos ni un solo día. La escasez agudizaba sus ingenios hasta el punto de aprovechar todo lo imaginable: la piel de las patatas se la daban a los cerdos, las lechugas sobrantes a los conejos, con las cenizas de la lumbre abonaban el huerto, etc. "En aquella época no hacíamos nada de basura". Cuando se tiene poco se sabe apreciar mucho mejor la utilidad de las cosas.

Por las circunstancias de la época, nuestra protagonista sólo pudo ir a la escuela durante 4 años (desde los 8 hasta los 12). Para más inri, su padre cayó enfermo con



reúma siendo aún joven y el peso de sacar la familia adelante cayó sobre Felicitas, su hermano mayor y sus dos hermanas pequeñas. Ella se encargó de guardar las ovejas durante casi 10 años, por lo que se vio obligada a abandonar la escuela. Sin embargo, ésa no era la única actividad de Felicitas. “Siempre había algo que hacer en el pueblo: recoger leña, ir a por paja, lavar la ropa en el río (para lo cual muchas veces tenían que romper el hielo y lavar a mano en el agua helada), regar y sembrar huertos, etc.” Además, había mucha solidaridad en el pueblo, en Escalera todos eran como una pequeña gran familia. No había grandes diferencias entre los vecinos en cuanto a sus posesiones, más animales o tierras conllevaba más trabajo y menos tiempo libre todavía. “Todos nos ayudábamos mutuamente. No teníamos jefes, todo lo que hacíamos era por y para nosotros, podías ir más a tu aire”.

Ante todo este panorama, el lector podría imaginarse a la población de Escalera como gente hastiada por tanto trabajo. Nada más lejos de la realidad: también tenían tiempo para disfrutar, allí la gente era muy alegre y, sobre todo, feliz, muy feliz. Sabían divertirse, vaya si sabían; “no teníamos botellón, pero yo creo que nos lo pasábamos mejor”. Por ejemplo, los domingos hacían baile (aunque la orquesta se redujera a un solo guitarrista); en Nochebuena preparaban una hoguera y todos se juntaban en torno a ella para contemplarla; “para Semana Santa cogíamos ropa vieja y la llenábamos de paja haciendo un muñeco que representaba a Judas Escariote, lo colgábamos frente a la iglesia durante la misa, lo paseábamos por el pueblo y después lo quemábamos por la noche”; durante las fiestas del patrón del pueblo (San Juan) la tradición consistía en coger un orinal (nuevo, eso sí) el cual llenaban con bebida, pero los chicos le ponían chorretones de chocolate por fuera y daban de beber a la gente en tan inusual recipiente, muchos de los cuales se mostraban reacios a hacerlo por la apariencia de lo que les ofrecían, como el cura; “todo era una pequeña broma, pero estaba muy rico”. Otras de las celebraciones que más se disfrutaban en Escalera eran las bodas. La fiesta duraba dos días seguidos, en los que había baile por las noches y organizaban banquetes en los que todos los vecinos aportaban lo que buenamente podían. En este caso la costumbre era embarrizar a los novios (y a todo incauto que se acercara demasiado) en el pilón al día siguiente de la boda. Según nos cuenta Felicitas con una sonrisa en los labios, se formaban auténticas batallas campales: “todos acababan totalmente pringados de barro, era muy divertido”. Por supuesto, ella tampoco se libró el día de su boda.

Se casó con 24 años. Tras el embarrado de rigor, tocaba emigrar a Madrid (por aquel entonces su marido trabajaba aquí), como hicieron muchas otras familias de su pueblo y de España. “Llegó un momento en que las tierras no daban para más y no había recursos para formar una nueva familia, por eso nos vinimos aquí”. El pueblo quedó casi deshabitado por la casi simultánea marcha de los jóvenes. Pese a ello, todavía se reúnen de vez en cuando a recordar tiempos felices.

Recientemente Escalera se dio a conocer a nivel nacional. José Antonio Labordeta, ahora diputado y anteriormente responsable del programa Un país en la mochila, hizo un reportaje de la zona. Lo curioso es que lo presentaron como un pueblo casi deshabitado, sólo recogieron los testimonios de los regentes del hostel turístico que levantaron allí. Felicitas nos cuenta que procuraban no sacar a la gente de Escalera tanto en las fotografías como en las imágenes. Cuando alguien visitaba después la zona se llevaba una gran sorpresa al ver que sí que hay gente en el pueblo, que realmente Escalera nunca ha estado abandonado.



Lo importante de la vida

Está claro que Felicitas Escalera ha heredado los valores que ha bebido en su tierra. Tal y como nos contaba en su historia, la solidaridad, el compañerismo, la amistad y la familia son para ella lo primero. "Más que el dinero, prefiero la gente sencilla, sin ambiciones". Es admirable cómo, pese al paso de los años y las dificultades de su época, la avaricia no ha hecho acto de presencia en el espíritu de nuestra protagonista.

Por supuesto, también tiene un hueco para sus vecinos de Escalera en el orden de sus preferencias. Siempre que van a su querido pueblo, sus antiguos habitantes se sientan a conversar durante las frescas noches y rememoran in situ el sonido del berreo de los ciervos que les acompañaba en su época. "Éramos muy felices, teníamos total libertad en el pueblo. Ahora los niños están muchos más amarrados y no disfrutan tanto".

Felicitas lleva en Madrid 42 años, aquí formó su familia (una hija y dos hijos). Lógicamente, notó mucho el cambio del pueblo a la ciudad. Odia los centros comerciales y el ajetreo madrileño. "Cuando bajo a la calle Alcalá después de haber estado unos días en el pueblo, me agobio mucho con tanta gente y con tanto ruido". Es innegable que prefiere la paz y la quietud de Escalera. "Allí a veces no te cruzas con nadie en todo el día".

A pesar de ser coherente con lo que ha vivido, ha renegado de alguna manera de su apellido y de su pueblo, aunque por causas de fuerza mayor y de una forma más literaria que otra cosa, no se asusten. Son las paradojas del destino y los caprichos de la vida: Felicitas Escalera, natural de Escalera, ha pedido para este concurso un piso con ascensor. Sus fatigadas piernas cada vez se resienten más al subir los cuatro pisos que la separan de su vivienda. "Yo sé que no me lo van a dar, pero..." Pero nunca se sabe Felicitas, quizá tu sino ahora te sonría. De todas formas, gracias.